

## Literatura infantil y niñez marginada

Sabrina Martín

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

### Resumen

En este trabajo nos proponemos analizar de qué manera la Literatura infantil argentina ha representado a niños y niñas víctimas de la pobreza en el período que se extiende desde el año 2000 a la actualidad. “La emergencia de la problemática de la niñez en la calle es resultado de los procesos de empobrecimiento económico-social, del aumento del desempleo y ajuste, que [condujeron] a la explosión de la pobreza infantil como fenómeno estructural durante la década de 1990” (Carli, 2006: 26). En libros destinados a niños como *Hugo tiene hambre* de Silvia Schujer o *Sopa de estrellas* de Mercedes Pérez Saabi, las técnicas de narración elegidas (narrador, focalización, imágenes) tal vez no resultan adecuadas para la asimilación en la literatura del niño histórico real. Las resoluciones presentadas (en estos casos para el tema del hambre) pueden ser pensadas como “suavizadoras” de la situación en favor del público infantil receptor y, por esto mismo, débiles ante la posibilidad de construir otras representaciones sobre la niñez marginada, que escapen a las que genera el mismo sistema que ha llevado al empobrecimiento infantil y que se inscriban en la capacidad crítica que posee la literatura en tanto arte.

Esta ponencia forma parte de un trabajo que estoy realizando como adscripta en el Seminario de Literatura Infantil y Juvenil dictado por Gloria Fernández en la carrera de Letras (UBA), en el que busco analizar de qué manera aparecen representados niños y niñas pertenecientes a sectores sociales pobres, en libros de literatura infantil publicados en años posteriores a la década del 90.

El libro que analizaré en esta oportunidad se titula *Hugo tiene hambre* y sus autoras son Silvia Schujer (texto) y Mónica Weiss (ilustración). Fue ganador del premio Norma Fudalectura 2006 y fue publicado por Editorial Norma en ese mismo año.

Me interesa en primer término contextualizar el tema que este libro aborda. Para ello he tomado palabras de Sandra Carli de un artículo titulado “Notas para pensar la infancia en la Argentina (1983-2001)”. Dice Carli sobre la infancia de este período:

La emergencia de la problemática de la niñez en la calle es resultado de los procesos de empobrecimiento económico-social, aumento del desempleo y ajuste, que [condujeron] a la explosión de la pobreza infantil como fenómeno estructural durante la década de 1990. (Carli, 2006: 26)

La figura del niño de la calle [indica] el impacto de la destrucción del modelo productivo y del empleo en el aumento del deterioro de las familias de distintos sectores sociales, lo que genera la expulsión y/o salida de los hijos a la calle. (Carli, 2006, 29)

A partir de este contexto, me interesa abordar el libro. Como su título lo indica, *Hugo tiene hambre*, introduce de lleno en la situación de un niño que tiene ganas de comer. Antes de interiorizarnos en la historia podemos detenernos en la tapa y contratapa. En la primera, además del título y los nombres de las autoras, aparece la imagen de un niño que podemos identificar como Hugo, morocho, con los ojos entrecerrados y difusos o casi nublados. La textura de su cara se asemeja a un papel maltratado, añejo, marcado. La cabeza levantada hacia arriba lo hace aparecer más

pequeño, pareciera estar mirando a una persona más alta de la que solo se ve parte del brazo en el que aparece dibujada o tatuada una manzana. Lo único que no aparece dibujado en la cara de Hugo es la boca, si bien el texto explica que tiene la boca apretada “como si se hubiese abrochado los labios”, es interesante cómo resuelve la ilustración esta situación: la borra completamente. Esto nos hace pensar en lo que significa la ausencia de la boca para el resto del libro: Hugo no habla, solo piensa a través de la focalización que el narrador hace en él.

Si pasamos a la contratapa, vemos el dibujo de una manzana “real” que tiene un mordisco. Nos preguntamos si habrá encontrado Hugo en esta historia algo para saciar su hambre y que amerite la aparición de la fruta al final.

En la contratapa, además del anuncio acerca de que las autoras han sido las ganadoras del premio Norma Fundalectura, se puede leer:

En medio de la vida citadina, de los afanes de la gente y del anonimato, un niño con la pancita vacía deambula mirando a su alrededor. Sin proponérselo siquiera, los ojos de Hugo transforman la realidad, y su imaginación se despliega a sus anchas.

Hugo tiene hambre, es cierto, y quizás todos los niños tengan algo que les duele o les agobia...pero Hugo nos recuerda que él no solo tiene hambre: el hambre, a la larga, no importa tanto si uno sabe salirle al paso con algo de creatividad, y si uno sabe compartirla. A Hugo lo que le hace falta, sobre todo, es un buen amigo, y eso es lo que encuentra en este libro. (Schujer y Weiss, 2006)

La contratapa parece plantear una perspectiva diferente a la que se presenta desde la tapa, “un niño con la pancita vacía” no parece ser lo mismo que decir “Hugo tiene hambre”. El diminutivo “pancita” nos remite a cierta tradición literaria que puede considerarse ya un estereotipo, que utiliza diminutivos para dirigirse a un público infantil. El título del libro parece un tanto más audaz al hablar de “hambre”. Por otro lado, al decir que todos los niños tienen “algo que les duele o les agobia” se está de alguna manera tratando de equiparar a Hugo con todos los otros niños posibles de imaginar, de hecho podemos pensar que teóricamente “todos los niños son iguales”, pero nos preguntamos: ¿cuál es el alcance de esa homologación de agobios y dolores? ¿son posibles de homologar?

Siguiendo este texto, nos preguntamos a qué destinatario esta dirigida la siguiente frase, y principalmente desde qué lugar de enunciación está escrita:

(...) el hambre, a la larga, no importa tanto si uno sabe salirle al paso con algo de creatividad, y si uno sabe compartirla. A Hugo lo que le hace falta, sobre todo, es un buen amigo, y eso es lo que encuentra en este libro. (Schujer y Weiss, 2006)

Es necesario detenerse en el doble receptor que tiene la literatura infantil. Suponemos que los libros llegan a los niños y niñas de manos de un adulto mediador (padres, familiares, maestros, promotores, etc.) y a la hora de elegir un libro para los niños uno de los paratextos que nos permite interiorizarnos en la historia es el de las contratapas. Si bien el texto está dirigido a los niños, y aquí podemos utilizar otra de las categorías que utiliza Carli, la del “niño consumidor” que aparece como contraparte del niño de la calle en la década de los 90 (2006: 29), no deja este texto de hablar al adulto. La aparición de palabras como “creatividad”, “compartir”, “amigo”, recurren a un campo semántico asociado a la que podría denominarse “literatura en valores” y que actualmente está teniendo una gran difusión incluso en colecciones de manuales o libros de textos de ciertas editoriales. Teniendo en cuenta que estas palabras aparecen en uno de los paratextos, me interesa plantear la pregunta que Marcela Carranza se realiza en un artículo en el que plantea la relación entre literatura y valores: “¿Qué ha sucedido en el campo de los libros para chicos para que las editoriales insistan de este modo en el cruce entre moral y literatura?” (2006).

Nuevamente, y ya no desde los diminutivos, se está atenuando el “hambre” de la tapa. ¿Tranquiliza al adulto o al niño que la historia sea de amistad y no de hambre? ¿Tranquiliza decir que el hambre a la larga no importa tanto? Nos preguntamos en qué situaciones el hambre no importa tanto, tal vez cuando uno tiene la certeza de que al alcance de su mano hay alimentos.

La aparición de los “niños en la calle” modificó el paisaje urbano y se presentó como una otredad. A partir de estas palabras vemos nuevamente la igualación y la pretensión de incorporarla sin problematizarla, sin reconocerla como “otra” igualándola a través de los valores que se pretende difundir a los niños sin hambre: amistad, compañerismo, compartir.

Tenemos entonces antes de entrar al libro una contratapa que pretende suavizar el título de este cuento y una manzana mordida que parece ir en la misma dirección. Propongo entonces que vayamos a la primera página.

El cuento comienza con una apelación directa al lector para presentar al personaje y en esta primera página doble, la imagen comienza a decirnos más que el texto, característica propia de los libros-álbum en los cuales “la historia depende de la interacción entre el texto escrito y las imágenes” (Arizpe, 2004: 47). En esta primera página conocemos a Hugo. Y la imagen nos muestra varias cosas más que el niño que conocimos en la tapa. Los pantalones y el espiral en la remera de Hugo son iguales al azul del paisaje, azul de distintos tonos y con texturas que simulan diferentes materialidades que serán las mismas que aparecerán en la cara de Hugo; en cada situación su cara se asimilará a la textura del paisaje que está atravesando. Con la estética del *collage*, el azul se mezcla con papeles de diarios que funcionan como partes de la pared o el piso. El papel no está elegido al azar por la ilustradora: en el que funciona como piso puede leerse la sección de avisos clasificados de trabajos pedidos. En la página par, las hojas de los periódicos mencionan frases como “conflictividad laboral”, “denuncias de la sociedad”, “retorno de los chicos”, “niños cuyos paraderos se desconoce absolutamente”. Podemos leer en esta imagen cómo las partes del diario sobre las que Hugo está sentado presentan una parte del contexto social. El diario como indicador de un momento social. Diarios que suelen recubrir paredes o ventanas con vidrios rotos en barrios marginados o villas miseria. Ante esta presentación, podemos suponer que Hugo pertenece a esos niños que Carli denomina como “niño pobre” o niño de la calle” y que mencionamos al inicio del presente trabajo.

Si pasamos la página, vemos que Hugo aparece entre las piernas de adultos que pasan por delante de él y que contrastan fuertemente con los colores que lo rodean y que, como es lunes y van a trabajar, van y vienen apurados.

A partir de aquí Hugo imaginará comidas en cada objeto o persona con la que se cruce: las personas de la calle serán pasteles, frutas, pescados; la fuente de la plaza, será un plato de sopa; los arbustos, tomates y lechugas; el cabello de una niña, un plato de tallarines; el cielo y los pájaros, golosinas y, finalmente, un perro salchicha, un pancho. En estas páginas la imagen es la que nos muestra lo que Hugo ve: el texto está focalizado en el pensamiento de Hugo y las imágenes en su mirada. El perro es el amigo que se nos anticipaba en la contratapa. Y leemos entonces las últimas tres páginas del libro:

A lo mejor descubrieron que son parecidos. O que les pasa lo mismo, que no es lo mismo. Quién sabe. La cuestión es que ahora se buscan.

Se encuentran. Se presentan. Y por primera vez en este largo día, los dos se quieren reír. El perro moviendo la cola y sacando la lengua. Hugo desabrochándose los labios y mostrando los dientes.

Será que están contentos. O que, cuando uno tiene un amigo, la panza le hace menos ruidos. Y hasta del hambre es posible olvidarse. Por un rato. (Schujer, Weiss, 2006)

Luego de este recorrido nos interesa detenernos en la sexta página doble, allí donde la voz narradora se corre en algunas líneas de la focalización en Hugo y dice:

hasta el cielo puede esconder soluciones. Sobre todo si se ha pasado un día entero sin comer. Y tanto más tratándose de un nene. Porque aunque ande solo por la calle, aguantándose el hambre y con cara de grande, Hugo es un chico y se vuelve loco con las golosinas igual que todos los chicos. (Schujer y Weiss, 2006)

Nuevamente aquí, como aparecía en el texto de la contratapa, Hugo es asimilado a todos los chicos. Hugo es igual a todos los chicos porque todos tienen algo que les agobia y que les duele y Hugo es igual a todos los chicos porque a todos ellos les gustan las golosinas, pero en estas asimilaciones, casi homogeneización que pretenden realizarse ¿qué se está elidiendo? Al hablar de un “todos” se pierden obviamente las individualidades y las pertenencias sociales (de clase). ¿Por qué Hugo tiene hambre? No lo sabemos. Este niño que tiene hambre aparece aquí como una abstracción.

Evidentemente si Hugo es igual a todos los niños como el texto se encarga de recordarnos, la misma historia se encarga de elidir por qué Hugo tiene hambre y la nena que salta a la sogá en la plaza donde Hugo se sienta, no. Este narrador que sabe lo que Hugo piensa, que sabe lo que le gusta, no habla acerca del contexto inmediato de Hugo. Se elide cualquier causa posible de la situación de este niño hambriento y se produce el borramiento de las diferencias sociales y de la desigualdad, en definitiva, de lo que se define como conflicto social.

Como afirma Voloshinov “donde hay un signo, hay ideología” (1992) y signo es la palabra y signo es la imagen. Cada decisión de cómo narrar la realidad es una ideología acerca de esa realidad exterior. El punto de vista elegido en esta historia refleja una ideología. No decimos que la literatura tenga que hacerse cargo de esa realidad exterior, pero sí ser consciente de que si se toma la figura del niño de la calle y se eliden causas de su “ser niño de la calle” o “de su tener hambre” o se eliden situaciones donde ello sea posible, se está colocando la mirada desde una lente que reproduce un discurso de un orden social que ha llevado a la existencia de esos niños. Esta literatura se hace eco de estos nuevos personajes, pero no para problematizar su existencia, sino todo lo contrario, para promover la naturalización de la pobreza y la situación de calle, para integrarlos a nuestra cotidianeidad en forma aproblemática, acrítica. Borrar ese alrededor propone una imagen romántica, que Hugo tenga hambre y no tenga qué comer no es lo mismo que lo que le sucede al niño que tiene hambre y tiene que esperar a que la comida esté lista.

En relación con esto quisiera detenerme en la página final del libro, en la que las autoras explican o tratan de dar indicios al público infantil acerca de cómo han inventado la historia o ilustrado, según cada una. Dice Schujer que la historia de este libro “nació un día en que (no recuerdo por qué) me habían prohibido comer por muchas horas. Y sentí un hambre feroz”. Agrega al final que esto le recordó “el hambre, los que siempre tienen hambre” (Schujer y Weiss, 2006). Notamos aquí un acercamiento que parece nuevamente un intento de homologar la situación de Hugo, en este caso no a un colectivo llamado “todos los chicos” sino al hambre que siente la autora. Nuevamente la homologación del hambre, como si esta palabra tuviese un solo sentido, como si no dependiera de quién la dice, ni de qué historia arrastra en cada boca mencionada.

En relación con estos paratextos del final me interesa detenerme en la imagen y en las palabras de la ilustradora que me resultan interesantes. Dice Weiss: “Los demás no lo ven [a Hugo], O lo ven como parte del paisaje gris de la calle: su piel es ‘de pared’, de piso, de árbol” (Schujer y Weiss, 2006). Es muy notorio en las imágenes del libro lo que la ilustradora dice en estas líneas. Y considero que esa característica de cómo está dibujada la cara de Hugo, sumado a la imagen de la primera página doble, es donde atisba cierta problematización del tema. La misma ilustradora dice que la cara de Hugo se confunde con el paisaje porque la gente no lo ve. Allí, en esa decisión de cómo representar a Hugo en el dibujo aparece esta mirada que problematiza al lector porque en definitiva es su propia mirada (y cierto discurso que le pertenece, el de los periódicos) lo que se está cuestionando. Desde el texto entonces se quiere proponer lo que Hugo piensa o siente,

desde la imagen, cuando esta se independiza más de la historia textual, se muestra cómo es visto Hugo. Sin embargo, la imagen se va distanciando de estas características y en la última página vemos que el diario que aparece como suelo del parque tiene escrita una receta de cocina.

Para concluir, a lo largo del libro vemos cómo lo que el texto dice, la imagen lo vuelve “visible”. Los tomates y las lechugas de la ensalada, los alcauciles, la copas de frutas, los tallarines, el pancho que ve en el perro salchicha, incluso los huesos de Hugo que son comida para el perro. El texto literario tiene la posibilidad de nombrar y hacer que las cosas se transformen ante los ojos de Hugo. Pero con el perro ocurre otra cosa, la contratapa nos decía que un amigo es lo que Hugo encuentra en este libro. Y así sucede. Dice la última página refiriéndose a Hugo y el perro: “Será que están contentos. O que, cuando uno tiene un amigo, la panza le hace menos ruidos. Y hasta del hambre es posible olvidarse. Por un rato.” (Schujer y Weiss, 2006). Nos preguntamos si en este afán de crear cosas, la literatura es capaz de crear amistad y que esa amistad de palabras haga olvidar el hambre. Es imposible no contextualizar la aparición de este libro. Estamos mirando desde nuestro lugar social (cuestión que es imposible de modificar) pero además se está reproduciendo aquí la mirada que se impone desde ese lugar social. Hugo primero genera compasión, porque él imagina lo que nosotros sí tenemos diariamente, y luego su “problema” (problema social y por lo tanto de todos) parece clausurarse con el encuentro de un amigo.

Como dijimos anteriormente, la literatura no tiene por qué ocuparse de la realidad, pero es necesario ser críticos frente a esta literatura porque, como dice Mariana Bernal en un artículo titulado “Género, etnia y clase en el cine infantil argentino”, “es oportuno analizar las operaciones que tienen lugar en los productos destinados a la infancia en la medida en que intervienen en la construcción de identidades sociales” (Carli, 2006).

La desproblematización que se lleva cabo producto de las elisiones mencionadas en este trabajo reproduce una mirada de clase, miramos a Hugo desde esa misma lente que nos impone el orden social dominante y que es el que lleva a la existencia de niños como Hugo. El arte, entonces, y la literatura como tal, comienzan a perder esa capacidad crítica que los caracteriza y los vuelve únicos.

## Bibliografía

- Arizpe, Evelyn y Styles, Morag. 2004. *Lectura de imágenes*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Carli, Sandra (comp.). 2006. *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*. Buenos Aires, Paidós.
- Carranza, Marcela. 2006. “La literatura al servicio de los valores, o cómo conjurar el peligro de la literatura”, *Imaginaria. Revista quincenal sobre literatura infantil y juvenil* [en línea] N° 181 [citado 2010-09] Disponible en: <http://www.imaginaria.com.ar/18/1/literatura-y-valores.htm>
- Schujer Silvia y Weiss, Mónica. 2006. *Hugo tiene hambre*. Buenos Aires, Norma.
- Voloshinov, Valentín. 1992. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid, Alianza.

**CV**

SABRINA MARTÍN ES ESPECIALISTA EN LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL (CePA) Y ESTUDIANTE AVANZADA DE LA LICENCIATURA Y PROFESORADO EN LETRAS (UBA). ES DOCENTE DE DIDÁCTICA ESPECIAL Y PRÁCTICAS DE LA ENSEÑANZA EN LETRAS EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA). REALIZA CAPACITACIÓN DOCENTE EN EL PROGRAMA DE LECTURA DEL GCBA Y TALLERES DE LECTURA Y ESCRITURA EN INSTITUTOS DE MINORIDAD.